

CONSIDERACIONES SOBRE ALGUNOS PROBLEMAS  
DE LA EDUCACION MEDICA EN MEXICO \*

DR. SALVADOR ZUBIRÁN

Académico de número

En México, y creo que en general en la mayor parte de los países de América Latina, las escuelas de Medicina requieren, con imperiosa necesidad, que se revisen las técnicas de enseñanza y se modernicen sus servicios, para que los médicos que se formen en sus aulas dispongan de un acervo amplio y suficiente de las ciencias que allí deben impartirse y surjan profesionistas capaces de servir a nuestro pueblo con eficiencia, conociendo su psicología, sus enfermedades endémicas y sus costumbres, y puedan, por ello, ser factores preeminentes en el desarrollo y progreso de la ciencia médica y capaces, por lo tanto, de abordar nuestros problemas propios, sin esperar, como nos ha acontecido frecuentemente en el pasado, que instituciones y organismos médicos de otros países sean los que, por su mejor preparación y sus mejores medios, afronten el estudio y la resolución de lo que deben ser nuestras principales preocupaciones médicas.

Por otra parte, también es imperioso que nuestras escuelas de Medicina formen profesionistas que no sólo tengan conocimiento de las técnicas y disciplinas especializadas de la profesión, sino que, al mismo tiempo, estén imbuídos de un profundo sentido de responsabilidad, con plena conciencia de todos sus deberes hacia la sociedad y hacia la patria, sobre una base ética que les haga conocer la obligación de constituirse en elementos de bienestar colectivo. Esta última finalidad, bien sabemos que sólo puede alcanzarse en forma indirecta, por medio de una adecuada organización de la enseñanza y de una actuación idónea del profesorado.

La necesidad de una total reorganización se hace más ostensible si se contempla la evolución que en su conjunto ha sufrido el ejercicio de la Medicina durante las últimas décadas de este siglo.

\* Leído durante las Primeras Jornadas Médicas de la Escuela de Medicina de León, 13 de julio 1952.

Efectivamente, a quienes hemos ejercido la Medicina durante los últimos treinta años, nos ha sido posible contemplar muy de cerca la sorprendente transformación de un arte en una ciencia. Al principio de este siglo, el ejercicio de la Medicina se hacía por la aplicación de reglas enseñadas en la Escuela de Medicina, que tenían, como única finalidad, catalogar y clasificar, es decir, poner una etiqueta con un nombre a los sufrimientos físicos de una persona, y después aplicar el tratamiento que el uso o la experiencia habían demostrado ser útil para combatir el mal.

Después de una serie de transformaciones, de una evolución lenta pero firme, el estudio de cada enfermo constituye, ahora, todo un proyecto de investigación científica; no es una labor de clasificación solamente; ya no es el ejercicio de una práctica; es un estudio científico el que debe realizarse con cada enfermo, en el que deben intervenir sistemas y procedimientos científicos de Física y Bioquímica. Lo que ahora se considera como diagnóstico, es un concepto mucho más amplio y profundo en el que se utilizan cada vez más los métodos de investigación comunes a las ciencias experimentales. Al examinar un enfermo, ya no podemos conformarnos con designarlo como un cirrótico; necesitamos conocer las perturbaciones funcionales de la glándula hepática, las alteraciones mecánicas de la circulación porta, los trastornos bioquímicos de la composición sanguínea en el balance proteico y electrolítico; buscamos además averiguar las deficiencias hormonales concomitantes, y si se trata de una úlcera del estómago, hurgamos también dentro de los misterios de la personalidad y de los conflictos afectivos. Así, en la actualidad, las ciencias básicas, como la Química, la Física y aun las Matemáticas, no son solamente conocimientos elementales que se adquieren al iniciarse la carrera de Medicina y que pueden ser olvidados porque la práctica médica ya no los necesita. Ahora son los medios que usa el científico, el médico moderno; son sus instrumentos de trabajo diario. No puede haber ya, pues, ni disociación ni menos antagonismo entre la práctica profesional de la Medicina y los recursos científicos a su servicio, como lo creyeran antaño algunos clínicos.

Si el ejercicio de la Medicina equivale ya a la resolución de problemas científicos; si el médico debe actuar, en nuestro tiempo y con mayor razón en el futuro, como un científico, debe estar preparado para ello, no sólo con el conocimiento profundo de las disciplinas que la ciencia le proporciona como instrumentos de trabajo, sino con un sentido de lo que puede llamarse la filosofía de la ciencia, con habilidad para valorar sus observaciones, entender las estadísticas y aplicar estos métodos, adquiriendo el juicio para la interpretación justa de los resultados sobre bases de una lógica estricta, es decir, por la aplicación del razonamiento a los hechos que suministra la ob-

servación; razonamiento que sólo podrá conducirnos a la verdad si se funda en observaciones exactas, en hechos ciertos y precisos.

La apreciación y el juicio que podemos formular de los complejos fenómenos que se desarrollan en la enfermedad, únicamente pueden ser verdaderos si se aplican con rigor los medios que usa la ciencia para conocer la verdad: la observación que muestra, que hace escuchar a la naturaleza, y la experiencia que instruye, que interroga a aquélla y la obliga a descubrirse. La actuación del médico, por lo tanto, no puede ni debe diferir en sus métodos del científico que investiga en el mundo infinito de los astros, del que interroga a la materia inerte o de quien, como él, pretende descubrir los fenómenos complejos y misteriosos de la vida. Es con la observación y la experiencia, poderosas palancas de la ciencia, mediante las que obtiene el sutil material que ha de utilizar para que, por inducción y deducción, se establezca el juicio, se emita la idea. Esta última fase, la más laboriosa y difícil, es la del razonamiento, atributo exclusivo del hombre, razonamiento que, como dice Claudio Bernard, "puede ser empírico o inconsciente, pero que el sabio ha cambiado su marcha obscura y espontánea en un método claro y razonado".

Con harta frecuencia esta inestimable tesis es olvidada en nuestra enseñanza impartida a quienes van a ejercer la Medicina, quienes deben actuar como hombres de ciencia; desconocedores, por lo tanto, de los más elementales medios de la metodología científica, dejando sólo que su intuición o su razonamiento empírico les lleve a conclusiones, y sin haber cultivado en ellos, por otra parte, el gran principio fundamental que consiste en mantener viva en el espíritu "la duda filosófica" que conserva al propio espíritu su libertad y su iniciativa. Con frecuencia también encodenamos al estudiante y arraigamos en él una fe ciega en teorías que dan base, en ocasiones, a la "superstición científica".

Creo que es preciso empeñarse en lograr que el estudiante de Medicina y el médico se percaten de que en todos los momentos de su actuación, no hacen otra cosa que abordar la resolución de problemas investidos de todas las características de un problema científico, que debe ser resuelto con los inestimables recursos de que la ciencia dispone.

Pretender que el estudiante y el médico actúen como ha sido expresado, no quiere decir que deban menospreciarse los llamados medios clínicos que se utilizan en el estudio de los enfermos, no menos importantes y valiosos. En efecto, nuestros sentidos, correctamente adiestrados, son y seguirán siendo los más preciados medios para llevar a cabo observaciones precisas, sentidos que en ocasiones y por trascendentes conquistas se ha tenido la fortuna de prolongar y aumentar en su capacidad, permitiéndonos, por esos medios,

efectuar observaciones inaccesibles de otra manera. Los estudios de laboratorio y gabinete no son sino auxiliares que complementan, y perfeccionan en ocasiones, esa intervención del médico, directa y personal.

Por último, a este respecto, es preciso añadir que en la formación del médico debe tenerse en cuenta que el sujeto de su estudio es un ser humano en el que, ante todo, existe la fuerte energía de su espíritu y que éste puede tener poderosa intervención en todos los fenómenos que se desarrollan en el organismo humano y que, por lo tanto, el conocimiento de las características psicológicas del sujeto y de su personalidad deben forzosamente intervenir en su estudio integral, cualquiera que sea el padecimiento que lo afecta.

Nuestras escuelas de Medicina han adquirido su propia personalidad a través de los años, y por ello los nuevos métodos educativos y pedagógicos que se adopten deben ser amoldados a nuestra idiosincrasia, a las peculiaridades de nuestro espíritu latino, y muy principalmente a nuestras posibilidades económicas.

Este último factor, que con tanta importancia interviene en la resolución de problemas nacionales por nuestra pequeña capacidad económica, ha sido, principalmente una de las causas de nuestro desarrollo incompleto, ya que los gobiernos se han visto, hasta hace pocos años, en la imposibilidad de dar apoyo económico amplio y suficiente a nuestras instituciones de cultura superior, y por las mismas razones económicas y otras de organización social ha estado restringida considerablemente la ayuda que pudiera esperarse de las fuentes privadas de riqueza.

En nuestro país existe, en este momento, un resurgimiento total de sus actividades, que ha seguido a la etapa de nuestras violentas conmociones sociales. Se percibe en todo el país un potente movimiento de reconstrucción y la intensa floración de nuevos impulsos; por ello debemos aprovechar debidamente estos momentos por los que atraviesa el país y encauzar el esfuerzo de todos los que consagramos con devoto cariño nuestra vida y nuestro interés a la ciencia médica, para que, así como florecen las artes y las ciencias, así como se construyen carreteras y presas que fecundan nuestros campos, se logre que la sociedad y los gobiernos den a nuestras escuelas de Medicina la atención y el respaldo que requieren para que su progreso y desarrollo esté en armonía con el resto de las actividades del país.

Estas consideraciones adquieren en estos momentos mayor interés y actualidad, ya que asistimos, con gran satisfacción, a la inauguración del edificio de esta Escuela de Medicina, destinado a llenar importante papel en la educación médica del país y a la que puede augurarse, por múltiples razones, un porvenir pleno de realizaciones que contribuirán poderosamente al progreso de la ciencia médica de México.

En la ciudad de México, por fortuna, el gobierno de la República concede, con cariño, en forma cada vez más amplia y decidida, sólido apoyo económico y moral a nuestra Universidad, que ahora realiza la meta perseguida con grandes esfuerzos: la construcción de la Ciudad Universitaria, que será el nuevo albergue de nuestra vieja Casa de Estudios, con toda su tradición, su rancio abolengo y su vigencia histórica.

En la Ciudad Universitaria se ubicará nuestra Escuela de Medicina, en donde esperamos fundadamente que el médico que allí se forme pueda disponer de los medios para adquirir, además del conocimiento de las ciencias médicas, la cultura que le permita cumplir también con una de las funciones sociales que le está destinada y que es de inestimable valor: la de ser un vector de cultura.

Efectivamente, es misión de la Universidad, a este respecto, dar al estudiante, a su paso por las aulas, un sentido humano de la cultura que adquiere; no basta con impartirle fríamente los conocimientos especializados de una disciplina que estrecha y limitadamente enfoque su espíritu hacia una zona determinada del saber y le haga perder así el contacto con el panorama general de la cultura. Creemos, por el contrario, que la Universidad debe propagar, al mismo tiempo que las enseñanzas especiales de su profesión, los conocimientos que permitan al estudiante adquirir una auténtica cultura. Y por último, cualquiera que sea el objeto final de sus estudios, adquiera el vital concepto de la vida social y del respeto que como ciudadano debe guardar hacia los principios democráticos, como fórmula de convivencia humana, y hacia la Libertad, el más sagrado de los derechos del hombre.

Por lo tanto, la Universidad Nacional de México no debe limitarse a cambiar sus viejas casonas por edificios elegantes y modernos y a enriquecer sus laboratorios y bibliotecas, que buena falta le hacen. Es preciso algo más: debe enmendar sus yerros, debe modernizar sus técnicas, debe corregir todos aquellos aspectos que han sido y son todavía obstáculos cada vez mayores para el cumplimiento de su alta misión, obstáculos y deficiencias que, podría decirse, atávicamente pesan sobre su organización y sobre sus actividades, y que en este momento en que están próximos a inaugurarse sus magníficos edificios, debemos todos contribuir desinteresada y valientemente a poner a su servicio nuestras ideas y nuestro esfuerzo para que su función se lleve a cabo con la mayor eficacia en bien del país y de quienes consagran su vida al cultivo de las ciencias y las artes.

Es preciso decirlo, aunque sea doloroso, que nuestra Escuela de Medicina requiere una corrección enérgica de muchos de los aspectos de su vida interior y de su actividad, y que sería grave error dejar pasar esta im-

portante etapa de la vida de nuestra Universidad para no imprimirle nuevos derroteros sobre bases bien firmes.

A este respecto, voy a exponer algunas consideraciones acerca de las principales deficiencias de nuestra Escuela de Medicina, con la idea de abordarlas para bien de la propia Escuela y con la esperanza de que quizá puedan también ser útiles para este joven organismo que inaugura hoy su nuevo edificio, con la mirada puesta en el porvenir y en el que actúa un conjunto de hombres entusiastas, que buscan el progreso de este centro universitario.

Las deficiencias que más adelante señalaré de nuestra Escuela son las mismas, o semejantes, de las que adolecen la mayor parte de las escuelas de Medicina en Latinoamérica, que existen desde hace muchos años fuertemente arraigadas y que ameritan la atención de las autoridades universitarias.

Una de ellas se origina en la educación anterior a la profesional, lo que da lugar a que los estudiantes de Medicina ingresen a la Escuela sin una sólida preparación de las materias fundamentales, las ciencias biológicas, las Matemáticas, la Física y la Química. Esto hace a su vez que el estudiante, incapacitado para comprender y asimilar estudios avanzados de esas mismas disciplinas, obligue a la Escuela de Medicina a impartirle enseñanzas elementales, sin las cuales sería imposible abordar problemas de mayor importancia. Así queda, pues, obligadamente fijada una deficiente enseñanza de las materias básicas dentro de la Escuela de Medicina, principalmente la Bioquímica, la Biología general y la Fisiología.

El segundo problema está íntimamente ligado al anterior, y es la falta de una selección adecuada del estudiante, lo que permite el ingreso de alumnos sin la capacidad indispensable y en número excesivo, hasta la exageración. Este último factor, que constituye indudablemente el punto más importante cuando se pretende señalar las deficiencias de la Escuela Nacional de Medicina, debe ser abordado con mayor amplitud. Efectivamente, la presencia dentro de la Escuela de una población excesivamente numerosa, no seleccionada y en general con mala preparación previa, determina consecuencias graves que perturban y aun imposibilitan, en ocasiones, la marcha de la Escuela por caminos de progreso y eficiencia.

Las más palpables consecuencias inmediatas son los fracasos en el primer año de la enseñanza, cuyo número asciende a cifras impresionantes, hecho que ocasiona, a su vez, que estos repetidores de año hagan más grave el problema de sobrepoblación escolar. Otra consecuencia es la deserción escolar, también muy grande y costosa, esfuerzos irremediabilmente perdidos. Una tercera consecuencia, igualmente lamentable y nociva, es la imposibilidad de impartir con eficiencia enseñanzas a grandes grupos, y principalmente cuando se trata de enseñanzas objetivas como la Anatomía, la Histología,

etcétera. El resultado inmediato es el rendimiento escolar mediocre, el que se refleja en el promedio de calificaciones. En la Universidad de México, es la Escuela de Medicina, la de mayor población escolar, en donde se registra el promedio más bajo de calificaciones.

Causa de deficiencia en la enseñanza es la persistencia de planes de estudios anticuados, cuyo defecto fundamental estriba en la multiplicación innecesaria de materias, en la enseñanza excesivamente prolija de algunas y deficiente de otras; y por otra parte, la distribución inadecuada del tiempo y de la actividad del estudiante, que es en general poco intensa, desarrollada en corto número de horas diarias y en restringido número de días en el año. Esto da lugar a la prolongación innecesaria de los estudios durante seis años. Lo más lamentable de esta distribución inadecuada del tiempo es, probablemente, la permanencia limitada del estudiante en las salas de los hospitales.

No sólo el número de materias y su distribución en el tiempo de estudios debe ser motivo de revisión y reforma; también el programa mismo debe ser objeto de enjuiciamiento para ponerlo acorde con los adelantos registrados en la disciplina correspondiente y aun para evitar que la labor del maestro sea únicamente la de incrustar rutinariamente en el cerebro del alumno los conocimientos que ha de adquirir y transformarlo en un receptáculo pasivo de ideas, como ahora sucede en la enseñanza de algunas materias, como la Anatomía, en la que se pretende que el alumno aprenda de memoria hasta el más mínimo detalle de la estructura huesosa o el trayecto del más delicado hilillo nervioso, en vez de que la enseñanza de esta materia sea no la de un objeto estático e inerte, sino al contrario, la que corresponde a un objeto dinámico y viviente, en el que la estructura física, su íntima composición y su activo funcionamiento están estrechamente relacionadas entre sí.

Otra causa no menos importante de deficiencia es la de que, por razones económicas, el profesorado sólo ha dedicado a la enseñanza una parte reducida de sus actividades, tan sólo por el cariño a su profesión y a la docencia. Es el cirujano que substraer algunas horas de su trabajo diario para enseñar Anatomía, el clínico que incidentalmente gusta de enseñar Fisiología, o el laboratorista que enseña la Histología, la Parasitología o la Bioquímica. No es sino hasta en los últimos años con que ya se cuenta con profesores de carrera, que consagren toda su actividad y esfuerzo a la enseñanza e investigación de la disciplina que cultivan, pero desgraciadamente de este insubstituible factor aun no se dispone para todas las materias que lo requieren.

Por último, grave deficiencia es la falta de medios de información y de consulta adecuados, laboratorios, bibliotecas y museos.

De todo lo anterior se desprende que es preciso abordar con firmeza y

decisión la corrección de las deficiencias que se apuntan y se emprenda la tarea de formular todo un programa de acción, que tienda a renovar nuestra Escuela de Medicina y sus diferentes aspectos.

A este respecto, siendo rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, realicé, en unión de los doctores Bernardo Sepúlveda, Rafael Méndez y José Báez Villaseñor, un estudio, que fué publicado en un pequeño libro, en el que apuntamos algunas sugerencias que estimamos dignas de consideración y que concretaron las ideas de distinguidos profesores de la Universidad, de profesores extranjeros invitados para el efecto y de visitas realizadas a diversos centros universitarios. Sería imposible referir en esta ocasión el contenido de dichos estudios, y sólo quiero, para terminar, hacer hincapié en la importancia que tienen algunos de los problemas fundamentales en la enseñanza de la Medicina, que se enumeran en seguida:

1. Que la Escuela no reciba más alumnos de los que puede enseñar.
2. Que reciba solamente a aquellos que tienen la capacidad y la preparación suficiente para recibir sus enseñanzas.
3. Que para la formulación del plan de estudios que se adopte se tenga en cuenta de antemano que la Escuela no va a formar íntegramente al médico ni menos al especialista, sino a proveerlo de los conocimientos elementales de la ciencia médica y de su aplicación a los problemas de la salud.
4. Que la importante actuación del profesorado sea fundamentalmente la de conductor, guía e inspirador de una educación que se completa en el resto de la vida del médico.
5. Buscar el aprovechamiento máximo del tiempo del alumno y su prolongado contacto con los problemas vitales del ejercicio profesional.
6. Que nuestras escuelas de Medicina en el país, por ser nacionales y estar sostenidas por el Estado, no deben formar más médicos de los que el país necesita, y deben formarlos para que el país pueda contar con hombres capacitados para atender los problemas colectivos e individuales de la salud, quedando de esta manera expresado el significativo alcance social que tiene la enseñanza de la Medicina y su importancia para el bienestar de nuestro pueblo.